



EL REGRESO DE

EL LOBO

**FERNANDO
RUEDA**

EL REGRESO DE EL LOBO

Mikel Lejarza, alias Lobo, era un joven barbilampiño cuando fue captado por el servicio secreto para infiltrarse en la banda terrorista ETA. El resultado fue espectacular: más de 200 terroristas fueron detenidos y su infraestructura por toda España desactivada. Operado de cirugía estética para que nunca más nadie le identificara, se infiltró en grupos mafiosos y económicos, sin dejar hasta hoy de luchar contra el terrorismo etarra e internacional. Tras infiltrarse en Cataluña en una red de espionaje empresarial de alto nivel, es detenido sin que el servicio secreto salga a la palestra a defender que estaba trabajando para ellos. Lobo está cansado de vivir en la clandestinidad, su estómago sufre las consecuencias de tanta tensión, se cuestiona la soledad en que vive y medita abandonar el espionaje. Tiempo después desaparece llevándose en el hatillo muchos secretos de su vida pasada. Nadie sabe nada de él hasta poco tiempo después de los ataques del 11-S contra Estados Unidos.

©2015, Rueda, Fernando

©2014, Roca Editorial de Libros, S.L.

ISBN: 9788499188447

Generado con: QualityEbook v0.84

*Para Alicia, compañera, amiga y alegría permanente.
Para Elena y Sandra, las ilusiones de mi vida.*

*Y para ti, mujer, prefiero no citar tu nombre,
que haces tan feliz a mi amigo siempre oculto.*

«Todos creen que El Lobo estuvo infiltrado en ETA y que luego me estuve tocando las narices durante 25 años. Algunos recuerdan lo negativo que les vendieron sobre mis trabajos, que era lo que interesaba a las autoridades en ese momento. La verdad es muy fuerte, la tengo yo y se sabrá algún día. Eso hizo que me fuera molesto y desapareciera en la oscuridad.»El personaje Mikel Lejarza *El Lobo*.

PRIMERA PARTE

Dubái

Capítulo

1

*E*L sexo fue desenfrenado con ese peculiar hombre que acababa de conocer y que dormía despreocupadamente junto a ella. Ahora tocaba, como con el resto de sus amantes esporádicos, dar unas profundas y placenteras caladas a un pitillo y ponerse al día de lo que ocurría en su país con las noticias de la CNN.

Lo había conocido hacía poco más de cuatro horas en uno de los bares del resort Madinat Jumeirah, un complejo de lujo artificial y arquitectura islámica tan próximo al mar que habían canalizado el agua de la playa hasta cada uno de sus rincones. Desde el primer minuto supo que su belleza frágil y rubia había embobado al hombre de coleta tensa y barba azabache que la abordó con simpatía y maneras educadas. Las relaciones rápidas la excitaban, aunque los ligones solían ser jóvenes triunfadores que la asediaban sin remilgos, en un país árabe donde esos encuentros son tolerados, pero mal vistos.

El tipo escondió su nombre y no osó preguntarle el suyo. Disertó sobre las relaciones humanas y sobre lo exquisito que podía llegar a ser un gin-tonic preparado adecuadamente. Se mostró engatusado por su olor a fresa, miró sin recato su insinuante escote y rozó sus manos con suavidad al mínimo pretexto. La invitó a dos copas y esperó, como un caballero antiguo, a que ella se sintiera fuera de peligro

y le propusiera subir a su habitación del hotel A'Salam «a tomar la última copa».

Aseguró que estaba empleado, igual que ella, en una de las multinacionales en plena expansión por los Emiratos Árabes para transformar el antiguo enclave pesquero, de mercaderes de perlas y especias, en el país más lujoso de Oriente Medio.

Más tarde ella no recordaría para qué empresa trabajaba, quizás porque ni siquiera la había mencionado. Estaba segura de que ella le había hablado de su Florida natal, pero él evitó citar su país de procedencia, aunque le pareció que su inglés procedía de Europa. Ninguna de sus omisiones la extrañó. Los dos estaban en país extraño y buscaban lo mismo, sin compromisos añadidos.

Lo contempló mientras dormitaba a su lado en una de las dos camas individuales que simulaban ser una de matrimonio. Debía haber cumplido los 45 años, aunque era difícil aventurarlo. No se había quitado la coleta que le recogía la melena, al estilo de los mafiosos caribeños. La barba excesiva, sin una sola cana, ocultaba un rostro terso que debió ser bellissimo a los 30. El pecho musculoso, no trabajado en un gimnasio, lleno de vello descuidado, carecía del típico olor a fragancia cara de sus amantes.

Tendida en la cama, al lado del hombre que le había hecho el amor con la pasión desbocada de un joven, pero con la ternura y dedicación del experto, prendió el cigarrillo y encendió la televisión con el volumen bajo. Pensó en despertarlo, pero la paralizaron unas imágenes que profanaron con violencia la pantalla: como en una película de ciencia ficción, un avión de pasajeros se estrellaba contra una de las Torres Gemelas de Nueva York. La sangre dejó de fluir por sus venas, con signos de haberse congelado. Los labios flácidos le dejaron la boca entreabierta, como si quisieran facilitar la salida del aire bloqueado en los pulmones.

Sus alaridos interrumpieron la paz de la habitación. Flojos por la falta de aire, casi ridículos. La estadounidense seguía mirando fijamente la pantalla como poseída por el de-

monio. Las imágenes ya reproducían la impresionante colisión de un segundo avión contra la otra torre del World Trade Center. Ella había trabajado allí hasta hacía escasos meses y sabía que a esas tempranas horas en Nueva York eran miles las personas que iniciaban la jornada en sus puestos de trabajo. Y había empezado a poner caras a algunas de ellas.

A la paralización inicial siguió el descontrol. Su garganta recobró la energía y comenzó a emitir aullidos de terror. El barbudo se despertó sobresaltado y, en un impulso automático, se abalanzó sobre ella y le tapó la boca. Forcejearon hasta que la chica quedó inmovilizada y él la dejó hablar tras descubrir sus ojos llorosos: «La televisión, la televisión...».

Una voz en off narraba cómo dos aviones llenos de pasajeros se habían estrellado contra las torres del World Trade Center de Nueva York, en lo que aparentaba ser un ataque terrorista contra los Estados Unidos.

El hombre se separó de la chica y, sentado en la cama, contempló ensimismado cómo algunas de las personas atrapadas en las plantas superiores a las que estaban en llamas se lanzaban al vacío, presas de la desesperación, buscando una muerte menos horrorosa.

Los dos se abrazaron con fuerza, ajenos a su desnudez. La estadounidense gimió con desconsuelo mientras le clavaba las uñas en la espalda. El hombre acarició su pelo con suavidad, le pasó la punta de los dedos por sus hombros rígidos y besó, como lo haría un padre, su rostro empapado de desconsuelo, pero sin expresar nada sobre el atentado cuyos detalles no paraba de ampliar la CNN.

Cuando deshicieron el abrazo, la chica, más calmada, se dirigió al teléfono para hablar con sus familiares en Nueva York. El hombre sintió que su tiempo había terminado. Reunió su ropa esparcida por la habitación sin recibir, ni por un momento, la atención de su amante ocasional, que volvía a sollozar junto al auricular.

Ya vestido con su vaquero de marca y un polo azul celeste, tomó la bolsa de lona que había dejado junto a la puerta y salió sin despedirse. En el pasillo del hotel se paró a escuchar la televisión: «Hoy, 11 de septiembre de 2001, es un día trágico. Poco después de las 10 de la mañana, la torre sur del World Trade Center ha caído a plomo sobre sí misma. Unos minutos después, se ha derrumbado la torre norte. Miles de personas han perdido la vida. Pero estos no han sido los únicos atentados...».

El sol estaba abandonando el cielo dubaití y la temperatura abrasadora del desierto comenzaba a moderarse. El hombre salió del complejo hotelero, se dirigió a la parada de taxis que ya conocía y le pidió en inglés al conductor que le llevara al Zoco de las Especias. Era una de las visitas obligadas para cualquier turista, así que el taxista musitó unas palabras en árabe y no volvió a prestarle atención. Durante el recorrido, el hombre de la coleta se recreó en la vista de aquella ciudad llena de grúas, empeñadas en levantar edificios que acariciaran el cielo con su suntuosidad. Por muchas veces que la hubiera visto, no podía dejar de admirar aquella opulencia, con rascacielos más modernos que los de Nueva York, que albergaban oficinas de las empresas más potentes del mundo, complejos comerciales con las más prestigiosas firmas de moda y, en el futuro, un complejo de esquí con cinco pistas y remontes. Aquellas construcciones habían supuesto ganar la batalla a la arena del desierto, gracias al petróleo descubierto unas décadas antes, cuyo anunciado agotamiento exigía lanzar otro gran negocio lo antes posible.

Esa vez, sin embargo, miró sin ver. Su pensamiento sobrevoló su entorno. Las imágenes de los aviones suicidándose contra las torres le evocaron la lucha del pequeño David armado con una honda contra el gigante Goliat. Durante la mayor parte de su vida, él había buscado vericuetos para conseguir vencer a enemigos superiores. En ese momento, tras sus duras experiencias de los últimos tiempos,

sentía que la lucha contra los tiranos del mundo podía justificar supuestas locuras.

Sin embargo, al contemplar las escenas en la televisión había sentido un impacto en el corazón. Nadie merecía ser asesinado, ni siquiera aquellos que acababan con la vida de sus semejantes. Se podía luchar por unos objetivos sin usar la violencia.

El taxi apenas tardó veinte minutos en llegar, tuvieron suerte de no encontrar uno de los habituales atascos en la carretera del Jeque Zayed. El hombre sacó del bolsillo un fajo de dirhams sujetos por una goma, pagó y se bajó. Esperó en la acera hasta que perdió de vista el taxi y solo entonces se mezcló con la muchedumbre que recorría curiosa los puestos y se dejaba absorber por los colores chillones y los aromas intensos. Casi todos adquirirían pequeños paquetes de especias variadas, aunque la mayor parte nunca las usaría para aderezar sus comidas.

Mientras paseaba como si fuera un turista más, constando que las tiendas de electrónica y de calzado se estaban haciendo hueco en el zoco más antiguo de la ciudad aprovechando la caída del negocio de las especias, el hombre se quitó con naturalidad la goma del pelo y se colocó la abundante melena de modo que le cubriera parcialmente la cara. Cerca del Dubai Creek, el río que dividía en dos la ciudad y presidía la actividad del emirato, se adentró en un pequeño callejón. Lejos de miradas curiosas, sacó de la bolsa de lona una camisa de confección árabe y unos vaqueros amplios muy roídos. Se los puso sobre la ropa que llevaba y en unos segundos se mezcló de nuevo con la maraña de gente, en dirección a otro zoco próximo, el del oro.

Con la cabeza baja, caminó deprisa mientras escuchaba retazos de los comentarios de muchos visitantes extranjeros sobre los atentados. Hablaban de la terrible salvajada perpetrada por los terroristas, y de que otro avión se había estrellado contra el Pentágono.

El Zoco del Oro era un bazar de 300 joyerías que exponían sus lujosas creaciones de 28 quilates a precios asequi-

bles para casi todos los turistas gracias a la exención de impuestos. Ellos difícilmente podían localizar ni las tiendas en las que ya habían entrado, pero para el hombre de pelo largo esas calles habían dejado de ser un laberinto hacía mucho tiempo.

Una pareja de italianos le preguntó en inglés si sabía dónde podían comprar una botella de agua fría. El hombre les respondió en árabe que no entendía su idioma.

No tardó en entrar en la joyería donde trabajaba. En apenas unos minutos cerrarían, pero en el interior, repleto de expositores con las más variadas joyas, todavía había una pareja decidiendo cuál de las sortijas expuestas en una minialfombra sobre el mostrador era la que iban a comprar. Su empeño era descubrir el precio más barato de cada una de ellas tras el regateo, pues en el hotel les habían explicado que era obligatorio en la ciudad.

Al verlo entrar, Karim Tamuz le pidió en árabe que pasara al cuarto de atrás y le esperara mientras otro de sus empleados cerraba la última operación del día. Allí se encontró con Amira, la esposa del dueño de la joyería, y con otros dos dependientes como él. Estaban contenidamente exaltados. Sus caras reflejaban sorpresa, pero guardaban silencio para escuchar la televisión. Las imágenes eran una continua repetición de las que ya había visto en el hotel, y en otras nuevas aparecían neoyorquinos con la cara sucia gritando, llorando, clamando justicia.

—Sharif —le dijo Amira—, ¿dónde estabas? ¿No te has enterado de que tres aviones han atentado contra edificios de Estados Unidos? ¡Al fin!, ¡al fin!, alguien les hace pagar todo el daño que nos hacen.

—Estaba paseando por ahí —respondió el hombre—. ¿Quién ha podido hacer eso?

—Da igual quién haya sido. Loado sea Alá, que ha permitido que los norteamericanos sufran el infierno en sus calles.

—Habla bajo, Amira —dijo su marido al entrar en el pequeño cuarto—. Las calles están llenas de policías y no son

precisamente sordos. Vosotros, id a cerrar las puertas —ordenó a los dos dependientes—. Tú, mujer, vuélvete a casa, y tú, Sharif, quédate un momento.

Cuando despejaron el cuarto disciplinadamente, el dueño de la joyería se encaró con su otro empleado.

—Tienes que tener más cuidado cuando ocurran estas cosas.

—Lo siento, Karim, no he hecho nada malo.

—No me gustan tus escapadas. A pesar de que Dubái es tranquilo, habrá que ser precavidos durante una temporada.

—¿Sabes quién ha podido cometer los atentados?

—No estoy seguro, pero espero que haya sido Al Qaeda.

—Ha sido impresionante —comentó Sharif.

—Les hemos dado donde más les duele. Nunca imaginaron que podríamos llegar al corazón de su país y asestarles un golpe tan devastador.

—Debe haber miles de muertos.

—Eso espero. El sacrificio de nuestros compañeros que se han inmolado debe servir para dar una lección al mundo.

—Y a partir de ahora, ¿qué hacemos?

—Nada, seguir con nuestro trabajo clandestino. Ahora nos necesitan aquí, en el futuro ya veremos. Los infieles no tardarán en buscar venganza por todas partes, y también en Dubái. El jeque y su gente están entregados al capitalismo y colaborarán con los yanquis como muchos otros dirigentes árabes.

—Hemos hecho lo que debíamos —dijo sin mucha convicción.

—Sin duda, Sharif. Los musulmanes tenemos que parar las agresiones contra nuestra religión y nuestros pueblos. Solo si nos defendemos, si mundializamos la yihad, conseguiremos que aprendan a respetarnos. Ya hablaremos detenidamente. Ahora vete a casa, cualquier precaución es poca.

Capítulo

2

A pesar de haber pasado varios años con muchos kilómetros de por medio, no habían conseguido disminuir la energía negativa que irradiaban cuando compartían la misma sala. Los dos trabajaban en la temida División de Actividades Especiales de la CIA, encargada de llevar a cabo las operaciones encubiertas y acciones paramilitares en el extranjero.

El único lugar donde podían encontrarse sin que las chispas que desprendían se convirtieran en fuego era la sede central de la Agencia en Langley, Virginia. El complejo de edificios reunidos en una especie de campus universitario daba cobijo a varios miles de agentes, muchos de los cuales no se habían cruzado ni una sola vez por sus fríos suelos de mármol.

La reunión oficial se desarrollaba allí y daba la ventaja de jugar en casa al titular del despacho frío, carente de aderezos y sin papeles a la vista en el que los dos estaban sentados. Barret Olson era un experimentado analista en temas de Oriente Medio que se había pasado los últimos veinte años convirtiendo en inteligencia la información obtenida por los agentes sobre el terreno, formando y dirigiendo equipos desde la distancia, y sorteando los problemas que ponían a la CIA los burócratas del Gobierno y el Congreso. Un tipo formalista no solo mentalmente sino